

ÁNGEL APARICIO RODRÍGUEZ, cmf.

SALMOS 107-150

Comentarios a la
Nueva Biblia de
Jerusalén



Desclée De Brouwer

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
SALMO 107 (106)	11
SALMO 108 (107)	25
SALMO 109 (108)	33
SALMO 110 (109)	47
SALMO 111 (110)	59
SALMO 112 (111)	69
SALMO 113 (112)	77
SALMO 114 (113 A).....	85
SALMO 115 (113 B)	93
SALMO 116 (114-115).....	103
SALMO 117 (116)	113
SALMO 118 (117)	117
SALMO 119 (118)	129
SALMO 120 (119)	161
SALMO 121 (120)	167
SALMO 122 (121)	175
SALMO 123 (122)	183
SALMO 124 (123)	189
SALMO 125 (124)	195
SALMO 126 (125)	201
SALMO 127 (126)	207
SALMO 128 (127)	213

SALMOS 107-150

SALMO 129 (128)	219
SALMO 130 (129)	225
SALMO 131 (130)	233
SALMO 132 (131)	237
SALMO 133 (132)	247
SALMO 134 (133)	253
SALMO 135 (134)	257
SALMO 136 (135)	267
SALMO 137 (136)	277
SALMO 138 (137)	287
SALMO 139 (138)	293
SALMO 140 (139)	307
SALMO 141 (140)	315
SALMO 142 (141)	321
SALMO 143 (142)	329
SALMO 144 (143)	337
SALMO 145 (144)	345
SALMO 146 (145)	355
SALMO 147 (146-147).....	363
SALMO 148.....	371
SALMO 149.....	379
SALMO 150.....	385
<i>BIBLIOGRAFÍA BÁSICA</i>	393

PRESENTACIÓN

El cuarto volumen de mi comentario está reservado para el quinto y último libro del salterio (Sal 107-150). Según los títulos del texto masorético, existe una breve colección davídica en los inicios del libro (Sal 108-110) y otra, algo mayor, casi al final (Sal 138-145). Algunos salmos de «las canciones de las subidas» (Sal 120-134) también son atribuidos a David (Sal 122; 124; 131; 133); uno más se le asigna a Salomón (Sal 127). Los salmos restantes del libro carecen de título, son «huérfanos». Entre estos últimos, sin embargo, hay que distinguir aquellos que comienzan con la exhortación «alabad a Yahvé» (Aleluya) y aquellos otros que carecen de esa exclamación. Con «Aleluya» comienzan los Sal 107; 111-114; 116-118; 135-136; 146-150; total, quince salmos. La liturgia judía resaltó tres grupos dentro de los salmos «aleluyáticos»: el «Pequeño Hallel» o «Hallel Egipcio» (Sal 113-118), así llamado por el Sal 114 que canta la epopeya del éxodo; el «Gran Hallel» (Sal 136) y el «Hallel Final» (Sal 146-150). Dada la repetición de la invitación aleluyática, da la impresión de que todo el libro se encamina hacia la solemne doxología con la que se cierra el libro y el salterio: el Sal 150. En este salmo se repite diez veces la expresión «Aleluya», sin contar la invitación inicial y la final. La última palabra del salterio es: «Aleluya». Entre los salmos «huérfanos» tiene suma importancia el Sal 119, el más largo del salterio, dedicado todo él a cantar la revelación divina (la Ley) a lo largo de 176 versos. ¿Es posible alguna articulación de los salmos del quinto libro?

Mirando hacia atrás, algunos temas iniciados en el primer libro llegan a su meta en el quinto. La Ley, por ejemplo, fue presentada en el prólogo del libro (Sal 1), como criterio para discernir conductas; fue elevada a rango de decálogo que ha de observar quien pretenda

acceder al templo de Yahvé (Sal 15); fue festejada como fuente de instrucción y de vida (Sal 19). Llegados al Sal 119, con tantos géneros sálmicos entrelazados, el creyente vive una alianza de estrecho amor con Dios. Todos los recursos del lenguaje están al servicio de una deliciosa confesión de amor propia del que se sabe amado y vive enamorado de la revelación divina. En el Sal 2 hacía su aparición el Mesías. Ha retornado una y otra vez a lo largo del salterio, cuyos lugares precisos evito enumerar por razones de brevedad; en el Sal 110 accede al trono eterno. Los malvados están presentes casi en todos los salmos, aunque su actuación sea más continuada y escarnecedora en el libro primero, hablando de un modo muy genérico. Extraña enormemente que aparezcan con una contundencia brutal entre el «Gran Hallel» (Sal 139) y el «Hallel Final» (Sal 146-150). Los Sal 140-143 están reservados a los malvados. El lugar más apropiado para estos salmos debería ser el primer libro del salterio; sin embargo, ahí están, antes de llegar al «Hallel Final», acaso porque el creyente ha de ser plenamente purificado antes de entonar el «Aleluya» eterno, en el que no se escuchará la voz de los malhechores. La Ley, el Mesías y los malvados los tomo como ejemplo, muy sucintamente desarrollado, de cómo el quinto libro es la meta de diversos itinerarios.

Me he referido al Sal 119 como expresión del amor enamorado de la revelación de Dios, de la intimidad entre Dios y el creyente. En continuidad con el Sal 119 ha de leerse el Sal 139, que canta tan gozosa como intensamente la intimidad de Dios con el creyente. Dios, cuyo conocimiento excede toda ponderación, se vuelca amorosamente sobre el hombre: «Tú me escrutas, Yahvé, y me conoces...» (Sal 139,1ss). Aquél a quien nada le es ajeno, sino que todo está presente ante él, extiende su izquierda y su derecha para sostener a su hijo (139,7-12). El poder divino que sustenta el universo se entretiene tejiendo a su elegido en el seno materno (v. 13) y entretejiéndolo, con bordados y recamados, en el seno de la tierra (v. 15). La corporeidad humana viene a ser como el paño que cubría el arca. El hombre así cuidado por Dios es icono de la divinidad. ¡Qué deliciosa intimidad corre a lo largo del Sal 139! Merece la pena ponerse en camino y pasar por tantas aventuras, aunque sean dolorosas, para llegar a la intimidad con Dios.

Una peculiaridad del libro quinto son «las canciones de las subidas». Repiten en abreviatura todo el recorrido del salterio, como un

pequeño salterio dentro del libro. Se parte del destierro en Masac –fuera de la tierra– (Sal 120,5), y se termina en el templo, en la presencia de Dios: «¡Entremos en el lugar donde Él habita, / postrémosnos ante el estrado de sus pies!» (Sal 132,7). En la presencia de Dios, se goza la dicha y la belleza de la fraternidad (Sal 133), se vive la confianza del abandono en las manos maternas de Dios (Sal 131,2). Entre ambos extremos del camino (el destierro y el templo) surge la tentación (Sal 121), la persecución (123,3-4), el deseo gozoso (122), la confianza (125), etc. La palabra definitiva de este pequeño salterio es la alabanza: «¡Vamos, bendecid a Yahvé / todos los siervos de Yahvé, / que servís en la Casa de Yahvé, / en los atrios de la casa de nuestro Dios!» (134,1).

¡Aleluya! es la expresión más repetida del libro. La alabanza es la palabra última de la creación y de la historia. El creyente que goza de la intimidad con Dios, que ha llegado hasta el templo santo, entona la alabanza ya ahora. En la alabanza del ser humano suena la alabanza cósmica, como deja entrever el primer salmo del «Pequeño Hallel»: «¡Aleluya! / ¡Alabad, siervos de Yahvé, / alabad el nombre de Yahvé! / ¡Bendito sea el nombre de Yahvé, / desde ahora y por siempre! / ¡De la salida del sol hasta su ocaso, / alabado sea el nombre de Yahvé!» (Sal 113,1-3). Todos los pueblos, y con ellos todos los vivientes –excepto los montes, los orgullosos– se inclinan para alabar la bondad eterna, cuya gloria está por encima de los cielos (113,4), cuya diestra cambió el curso de la historia (Sal 114), cuyo poder sustrajo al rey del poder de la muerte (Sal 115). Justo es que alaben a Yahvé todas las naciones y lo aclamen todos los pueblos, porque su misericordia y fidelidad duran por siempre (Sal 117). Quien contemple el pasado desde esta cima gloriosa descubrirá el amor de Dios en todos los capítulos de la historia, y éstos se convertirán en motivo de alabanza al Dios bueno, cuyo amor es eterno, como cantará de forma litánica el «Gran Hallel»: «¡Dad gracias a Yahvé porque es bueno, / porque es eterno su amor» (Sal 136).

Superada la prueba postrera (Sal 140-143), todo se prepara para cantar el Aleluya eterno. Dios ha mostrado su justicia en favor de los oprimidos y de los hambrientos, de los cautivos y los ciegos, del peregrino, del huérfano y de la viuda (Sal 146,6-9). Ha re-construido la ciudad santa de Jerusalén y ha reunido en ella a los deportados (Sal 147,2). Es el defensor de la ciudad y el tutor de la paz (Sal 147,13-14).

Ha llegado el momento de alabar la eterna bondad de Dios. Todo el universo, cielo y tierra, alaba a Dios. Israel, pueblo de Dios, es el liturgo de esta alabanza cósmica: una gran coral, formada por seres celestes y terrestres, alaba a Dios (Sal 148). El director de orquesta de la gran coral que es el Sal 150 va dando entrada a distintas voces e instrumentos para que todos alaben a Dios con una sinfonía universal. En este himno a toda orquesta destaca la voz del solista: del ser humano partícipe del respiro divino: «¡Todo cuanto respira alabe a Yahvé!». La rúbrica de todo el salterio, y de la historia, es una sola palabra: «¡Aleluya!». El hombre salvado ha entrado en el santuario divino, junto con toda la creación redimida, para cantar eternamente el amor de Dios: ¡Aleluya!

El lector tiene ante sí una visión panorámica del quinto libro del salterio que comentaré inmediatamente, aplicando el mismo método aplicado a los tres volúmenes precedentes, publicados por la editorial Desclée De Brouwer.

SALMO 107 (106)
DIOS SALVA AL HOMBRE DE TODO PELIGRO

¡Aleluya!

¹ ¡Dad gracias a Yahvé porque es bueno,
porque es eterna su misericordia!

² Que lo digan los rescatados por Yahvé,
los rescatados del poder del adversario,
³ los que ha reunido de todos los países,
de oriente y poniente, del norte y mediodía*.

⁴ Por el desierto erraban, por la estepa;
no acertaban con lugares habitados;

⁵ hambrientos y sedientos,
se sentían desfallecer.

⁶ Pero clamaron a Yahvé en su apuro,
y él los libró de sus angustias;

⁷ los condujo por el recto camino,
hasta alcanzar un lugar habitado.

⁸ ¡Den gracias a Yahvé por su amor,
por sus prodigios en favor de los hombres!

⁹ Pues calmó la garganta sedienta,
y a los hambrientos colmó de bienes.

¹⁰ Habitaban la tiniebla y la sombra,
cautivos de hierros y miserias,

¹¹ por desafiar las órdenes de Dios,
por despreciar el proyecto del Altísimo.

¹² Doblegó su terquedad con fatigas;
sucumbían, privados de socorro.

- ¹³ Pero clamaron a Yahvé en su apuro,
y él los libró de sus angustias.
- ¹⁴ Los sacó de la tiniebla y la sombra,
rompió todas sus cadenas.
- ¹⁵ ¡Den gracias a Yahvé por su amor,
por sus prodigios en favor de los hombres!
- ¹⁶ Pues las puertas de bronce rompió,
deshizo los barrotes de hierro.
- ¹⁷ Embotados por todos sus yerros,
miserables a causa de sus culpas,
- ¹⁸ les daban repugnancia los manjares,
ya estaban a las puertas de la muerte.
- ¹⁹ Pero clamaron a Yahvé en su apuro,
y él los libró de sus angustias.
- ²⁰ Su palabra envió para sanarlos
y arrancar sus vidas de la fosa*.
- ²¹ ¡Den gracias a Yahvé por su amor,
por sus prodigios en favor de los hombres!
- ²² Ofrezcan sacrificios de acción de gracias,
pregonen sus obras con gritos de alegría.
- ²³ Se hicieron a la mar con sus naves,
comerciendo por todo el océano,
- ²⁴ y vieron las obras de Yahvé,
todas sus maravillas en el piélagos.
- ²⁵ A su voz, un viento de borrasca
hizo encrespase a las olas;
- ²⁶ al cielo subían, bajaban al abismo,
su espíritu se hundía bajo el peso del mal;
- ²⁷ daban vuelcos, vacilaban como ebrios,
no les valía de nada su pericia.
- ²⁸ Pero clamaron a Yahvé en su apuro,
y él los libró de sus angustias.
- ²⁹ A silencio redujo la borrasca,
las olas callaron a una.
- ³⁰ Ellos se alegraron al verlas calmarse,
y él los llevó al puerto deseado.
- ³¹ ¡Den gracias a Yahvé por su amor,
por sus prodigios en favor de los hombres!

- ³² ¡Alábenlo en la asamblea del pueblo,
en el concejo de ancianos lo celebren!
- ³³ Él cambia los ríos en desierto,
en puro sequedal los manantiales,
³⁴ la tierra fértil en salinas,
cuando obran el mal sus habitantes.
- ³⁵ Pero cambia el desierto en estanque,
la árida tierra en manantial;
³⁶ asienta allí a los hambrientos,
para que funden ciudades habitadas.
- ³⁷ Siembran campos y plantan viñas,
producen frutos en tiempo de cosecha.
- ³⁸ Él los bendice y se multiplican,
no deja que mengüen sus ganados.
- ³⁹ Menguados estaban y abatidos,
presa del mal y la aflicción.
- ⁴⁰ El que vierte desprecio sobre príncipes,
los extraviaba por yermos sin camino.
- ⁴¹ Pero recobra al pobre de la miseria,
aumenta sus clanes como un rebaño;
- ⁴² los rectos lo ven y se alegran,
los malvados se tapan la boca.
- ⁴³ ¿Quién es sabio? ¡Que guarde estas cosas,
y medite en el amor de Yahvé!

V. 7 «mediodía» conj.; «mar» hebr.

V. 20 «sus vidas de la fosa» conj.; «de sus fosas» hebr.

V. 37 «producen frutos en tiempo de cosecha»; otros: «y cosecharon un producto copioso».

I. VISIÓN DE CONJUNTO

Aunque la invitación al agradecimiento recurra a una fórmula hecha de uso vario (véanse Sal 106; 118; 136; 1 Cro 16), su repetición a lo largo de la primera parte de salmo (vv. 8.15.21.31) da como resultado un gran cántico de acción de gracias. El poeta da gracias a Dios por su bondad, por su eterna misericordia (v. 1). Los invitados a dar

gracias son los rescatados y los reunidos de todos los países: los exiliados y los dispersos entre las naciones, los judíos de la diáspora (vv. 2-3). El poeta propone al oyente o al lector cuatro situaciones paradigmáticas: el caso de los errantes por el desierto (vv. 4-9), el de los cautivos a oscuras (vv. 10-16), el de los enfermos a causa de sus culpas (vv. 17-22) y el de los marineros a la deriva (vv. 23-32). Cada cuadro, descrito con vivacidad, se amolda a un cliché fijo: situación calamitosa-clamor-liberación-acción de gracias. Los vv. 33-43 ya no siguen el anterior esquema ni repiten el doble estribillo de los versos precedentes.

Se advierte fácilmente la correspondencia entre los vv. 1 y 43: el v. 1 invita a dar gracias a Yahvé por su *amor* eterno, y el v. 43 invita al sabio a que medite en el *amor* de Yahvé. Este dato sería suficiente, según algunos, para hablar de la unidad de todo el poema. Lo más probable, sin embargo, es que el salmo tenga tras de sí una larga tradición, cuyo itinerario exacto nos es difícil seguir. Es posible que al poema original se le añadiera una segunda invitación a la alabanza, dirigida a los rescatados y a los reunidos de todos los países (vv. 2-3) y que los cuatro cuadros anteriores fueran reinterpretados y aplicados al grupo formado por los retornados del exilio y los venidos de la diáspora; es decir, es posible que los cuatro ejemplos anteriores, tan genéricos que valen para cualquier situación similar a la descrita en ellos, fueran leídos desde la historia de la salvación. Así, los errabundos del desierto reciben una interpretación alegórica en los vv. 33-35; desde el léxico evocan el cuadro del mar y temáticamente aluden a la generación del éxodo (vv. 33-35); los prisioneros tendrían su equivalencia en el pueblo despojado de la tierra y alejado de ella (vv. 36-39); los enfermos vendrían a ser los exiliados de otro tiempo que han regresado a la patria (vv. 40-42). Concluye el salmo con el v. 43. La alegoría histórica es, a la postre, una alabanza dirigida a Aquél que ha de ser alabado en la asamblea del pueblo y celebrado en el consejo de los ancianos (v. 32): es el auténtico protagonista de los vv. 33-42.

La horizontalidad del salmo es tan amplia como los cuatro puntos cardinales; desde ellos vienen los deportados o los dispersos (vv. 2-3). En esta amplia geografía destaca el grupo de los ambulantes por el desierto (v. 4) o por «yermos sin camino» (v. 40), pero conducidos por Dios por el camino que lleva a casa (v. 7). Abundan los con-

trastes; por ejemplo, a los lugares habitados (v. 4b) se opone el desierto (vv. 4.33.35.40); a la tierra fecunda y bien regada (vv. 33-35) se opone el mar caótico (vv. 23-29); a la estrechez y a la angustia, el amplio horizonte de la libertad (vv. 6.13.19.29). El encarcelado y esposado (v. 10), el enfermo privado de alimento y deslizándose hacia el Seol (la «no-tierra», v. 18) ve cómo sus cadenas se despedazan (v. 14), cómo se deshacen los barrotes de hierro (v. 16), cómo se entonarán aún canciones alegres (vv. 22.42), porque existen ciudades habitadas (vv. 4.6.36) y, sobre todo, porque en el horizonte se yergue el templo de Sión, donde se entona la alabanza comunitaria (vv. 22a.32). Dicho brevemente, la vida en la superficie de la tierra se mueve entre el ser y la nada.

La horizontalidad se completa con la verticalidad. Dios es el Altísimo por excelencia (v. 11); desde la altura de su trascendencia guía la vida de los hombres (vv. 3 y 7): sacia a los hambrientos (v. 8), libra a los prisioneros (v. 16), escucha el clamor que le llega desde la tierra (vv. 6.13.19.28), da casa, alimento y bienestar (vv. 36-43)... Todas estas acciones salvadoras son una muestra de la bondad de Dios y de su amor leal, que el hombre debe agradecer. El salmo, aunque tenga ciertos matices proféticos (vv. 2-3) y sapienciales (vv. 23-32 y 33-43), es básicamente un himno de acción de gracias.

En conformidad con lo precedente, es posible delinear la estructura del poema distinguiendo dos momentos: un himno de alabanza en cuatro tiempos (vv. 4-32) y el himno de la historia de la salvación (vv. 33-43). Los tres primeros versos tienen la función de obertura, y el v. 43, de conclusión. Su plano es el siguiente:

Obertura litúrgica (vv. 1-3).

A) Alabanza en cuatro tiempos (vv. 4-32).

I. Los errantes por el desierto (vv. 4-9).

II. Los cautivos a oscuras (vv. 10-16).

III. Los enfermos a causa de sus pecados (vv. 17-22).

IV. Marineros a la deriva (vv. 23-32).

B) Himno de la historia de la salvación (vv. 33-42).

I. Evocación del éxodo (vv. 33-35).

II. Despojados y alejados de la tierra (vv. 36-39).

III. El exilio y el retorno (vv. 40-42).

Conclusión sapiencial (v. 43).

II. COMENTARIO: Acción de gracias al amor de Yahvé

No obstante los matices sapienciales o proféticos, el poema es ante todo un himno al amor de Yahvé. Comienza con una invitación a alabar a Yahvé porque es eterno su amor (v. 1) y concluye exhortando al sabio a que medite sobre el amor de Yahvé. A lo largo del poema, Yahvé actuará como el Altísimo: desde su elevada altura, Dios actúa en el escenario de los humanos liberando o dirigiendo el devenir histórico. Las repetidas liberaciones originan una reiterada acción de gracias; sus intervenciones en la historia conducen a meditar en el amor de Yahvé.

2.1. *Obertura litúrgica* (vv. 1-3). La invitación a la acción de gracias se escucha también en otros salmos, como he dicho antes. Se ha de dar gracias a Yahvé por su bondad y por su amor leal a la alianza (v. 1), temática a la que retorna constantemente la piedad de Israel. Este primer verso anticipa uno de los estribillos del salmo (vv. 8.15. 22.31). Los invitados a dar gracias son introducidos mediante otro verbo: «Que lo digan» (v. 2), probablemente añadido a la primera introducción. Los primeros «rescatados» por Yahvé fueron los padres liberados de Egipto (véase Ex 6,8; 15,13; Sal 74,2; 77,16; 78,35); también fueron rescatados los que retornaron del destierro en Babilonia (Is 35,10; 49,12; 51,10-11); éstos han sido rescatados «de la mano de la angustia» (v. 2b: «del poder del adversario»), que será uno de los temas reiterados a lo largo del poema. También han de alabar a Yahvé aquellos otros que proceden de los cuatro puntos cardinales, de la diáspora (véase Is 43,5-6; 49,12).

Una relación del v. 3b con el cuerpo del salmo nos proporciona el siguiente resultado: la totalidad del orbe se articula en los cuatro puntos cardinales; las situaciones de opresión y de angustia se sintetizan en los cuatro cuadros descritos a continuación.

2.2. *Alabanza en cuatro tiempos* (vv. 4-32). Las cuatro escenas presentadas por el narrador se amoldan a un esquema común: una elocuente descripción del peligro (hambrientos, cautivos, miserables a causa de sus culpas, navegantes a punto de naufragar), clamor desesperado («clamaron a Yahvé en su apuro»), intervención instantánea y directa de Yahvé («los libró de sus angustias»), una emotiva acción de gracias a Yahvé porque les ha mostrado su amor leal. El esquema es genérico, válido para cualquier caso de peligro.

Los cuatro cuadros que examinamos a continuación son aplicables a situaciones similares a las descritas.

2.2.1. *Los errantes por el desierto* (vv. 4-9). El libro de Job nos brinda una buena descripción de las caravanas perdidas en el desierto; abandonan las rutas habituales, buscando agua en cauces conocidos que encuentran secos, y terminan extraviándose irremediablemente: «Desvían de su ruta a las caravanas, / se adentran en el desierto y desaparecen. / Los otea las caravanas de Temá, / van en su busca los convoyes de Saba, / mas su esperanza se ve defraudada, / llegan allí y quedan confundidos» (Jb 6,18-20). El amplio desierto se ha convertido en la tumba de estos caravaneros.

El cuadro es genérico, ciertamente, y sin ninguna relevancia teológica. Pero en pleno desierto, los extraviados elevan un clamor que pide respuesta. Interviene Yahvé conduciendo a los extraviados por el camino recto (v. 7), calmando la sed y el hambre de los errantes (v. 9). Éstos descubren en la actuación divina una muestra de su amor leal a la alianza, semejante a los «prodigios» obrados por Yahvé en Egipto (v. 8). Desde esta perspectiva el cuadro adquiere un nuevo colorido. Los extraviados por el desierto aluden tanto al pueblo liberado de Egipto y errante por la soledad del desierto sinaítico –es un pueblo que desfallece de hambre y se muere de sed (véase Ex 13,17-22; 16,3; 17,3)–, cuanto al pueblo que retorna de Babilonia (Is 40,3-5); es el pueblo de los «rescatados» (v. 2), o que se encamina hacia la ciudad, procedente de todos los rincones del orbe (v. 3).

En cualquiera de los tres casos anteriores, los liberados de Egipto, los rescatados de Babilonia o los que retornan de la diáspora no se dirigen a una ciudad cualquiera, sino a la ciudad, a Jerusalén, hacia la que tienden su espíritu y sus corazones. En el templo santo, liberados de la angustia mortal vivida en la travesía del desierto, darán gracias a Dios por su amor, porque ha repetido con esta generación los «prodigios» realizados en Egipto, conscientes, además, de que ahora tienen un alcance universal: son prodigios mostrados en favor de los humanos (v. 8). Israel no evoca el pasado por el placer de recordar, sino porque las «hazañas» antiguas se repiten en el momento presente. Una vez que este pueblo errabundo esté reunido en el templo de la Ciudad Santa, habrá desaparecido la causa de su angustia: morir de hambre o de sed en el desierto inhóspito (v. 9). El último verso de la estrofa entra en el Nuevo Testamento por la puerta grande del «Magnificat» (Lc 1,53).

2.2.2. *Los cautivos a oscuras* (vv. 10-16). Es fácil imaginarse la escena: puertas metálicas, hierros y cerrojos; mazmorras oscuras, calabozos lóbregos; o acaso una cisterna con fondo embarrado en la que era arrojado el prisionero (Jr 38,6), sobre todo si había desafiado obstinadamente a Dios (v. 11). Debía permanecer en la prisión o en el pozo fangoso hasta que Dios decidiera qué se debía hacer con el prisionero (Lv 24,12; Nm 15,34) o hasta que se le aplicara la sentencia capital (2 S 20,3). Las lúgubres tinieblas (vv. 10a.14a), los hierros torturantes (v. 10b), las cadenas (v. 14b), la absoluta soledad (v. 12b), la angustia y las congojas (v.13) son los molestos compañeros del prisionero. Le queda también el grito o el clamor antes de ser acallado por la muerte. Dios escuchó; quebró las puertas, trituró los barrotes de hierro (v. 16) y así mostró una vez más sus «maravillas» (v. 15b), origen de la acción de gracias.

Las pinceladas de este cuadro pueden aludir a la cautividad egipcia o al destierro en Babilonia. Las tinieblas de los dos escenarios son «lúgubres», con la doble acepción que dábamos a este adjetivo en el Sal 23,4: sombrío y fúnebre. La muerte, generadora del llanto, planea en ese lóbrego lugar. El destierro fue una tumba-prisión (véase Is 42,7.22; 49,9; 51,14.17-20), en la que Israel estuvo encadenado (Is 52,2) como un condenado a muerte. Era el castigo que merecía su delito: desafió las órdenes de Dios y despreció los proyectos del Altísimo (v. 11); es decir, rechazó radicalmente la palabra divina y la ley de Dios. Era un delito castigado con la muerte (véase Jb 36,8-9). El pueblo desterrado fue terco y pertinaz en su delito. Jeremías denunció incansablemente la terquedad de los últimos reyes de Judá, impenitentes a la hora de buscar alianzas políticas en potencias extranjeras que pudieran salvarlos. No hicieron caso al plan del Altísimo, y se encontraron con que ninguno de los poderosos a los que acudieron los monarcas de Judá les socorría: «Sucumbían privados de socorro» (v. 12b). Desde el silencio de la celda carcelaria, o desde lo profundo del pozo, lanzaron su grito de auxilio al único que puede salvar de la muerte. Éste sí que acudió en su ayuda.

La acción de Dios es eficaz. Quiebra el círculo estrecho de las angustias y de las congojas íntimas (v. 13), sacando de las lúgubres tinieblas a los encarcelados (v. 14a). Esta liberación física implica la destrucción de los instrumentos físicos que aprisionan y encarcelan. Yahvé rompió las cadenas (v. 14b), quebró las puertas de bronce, tri-